

Don Bosco y el comienzo del Oratorio (1841–1846)

1. La primera elección

Al iniciar el verano de 1841, luego de su ordenación sacerdotal, Don Bosco debía decidir qué hacer. Recibió tres propuestas. Una familia de Génova le ofreció el puesto de maestro privado con el alto sueldo de mil liras anuales. Los paisanos de Morialdo, que le tenían mucho cariño, lo querían como capellán y prometían doblarle el estipendio. Finalmente, se le ofrecía el encargo de vicedárroco en Castelnuovo. Ciertamente, mil liras al año no eran pocas y, además, habría tenido mucho tiempo libre; le gustaba también la idea de encontrarse cerca de casa. Pensó dejar inmediatamente de lado las razones conectadas con el dinero, puesto que ni él ni su madre hubieran quedado contentos. Pero, al final, ¿qué elegir? Le pareció que la mejor solución fuera pedir consejo al sabio Don Cafasso. Éste, tras escuchar atentamente, le dijo sin titubeos:

- No aceptes nada. Ven aquí al Convitto Eclesiástico. Necesitas completar tu formación estudiando moral y predicación.

Don Bosco aceptó gustoso y el 3 de noviembre entró al Convitto. Efectivamente necesitaba estudiar esas dos materias tan importantes: la moral lo habría ayudado a guiar a los jóvenes a reconciliarse con el Señor, la predicación a inflamarlos de amor a Dios.

En el Convictorio se aprendía a ser sacerdotes. Los estudios morales seguían la línea de San Alfonso María de Liguori. Este santo, en síntesis, sugería ser más elásticos y benévulos en juzgar los problemas de conciencia, no ver el mal por todos lados sino fijarse en el amor de Dios. La constante frecuencia de los sacramentos habría ayudado a los fieles a vivir en el amor del Señor.

El horario de la jornada preveía por la mañana meditación, oración y lecciones y, por la tarde, apostolado práctico en el ambiente de la ciudad: hospitales, cárceles, institutos de beneficencia, sermones en las iglesias, catecismo y asistencia a enfermos y ancianos. Una de estas experiencias fue fulminante para Don Bosco.

2. En la cárcel para encontrar a los jóvenes

Don Cafasso comenzó a llevar a Don Bosco a visitar a los encarcelados. En esas visitas dramáticas se dio cuenta que gran parte eran jóvenes entre los 12 y 18 años. ¿Cómo era posible que muchachos sanos e inteligentes quedaran allí sin hacer nada, acumulando piojos y enfermedades? ¿Quién se preocupaba de ellos? ¿Quién los esperaba cuando salían? Muchos de ellos, al ser puestos en libertad, estaban decididos a cambiar vida, pero no hallaban un sitio donde ir y estaban obligados a robar, de modo que eran encarcelados nuevamente. Mirando esos ojos, en los cuales se leía el miedo y la rabia, Don Bosco pensó:

- Estos muchachos deberían encontrar afuera a un amigo que los cuide, los siga, los instruya, los lleve a la iglesia en los días festivos. Entonces no volverían a arruinarse, o serían muy pocos los que regresen a la cárcel.

En el mercado general de la ciudad descubrió otra cosa que lo horrorizó: un auténtico “mercado de muchachos”. Cerca de Porta Palazzo había gran cantidad de pequeños ambulantes, limpiabotas, limpiachimeneas, repartidores de folletos, criados de negocios: jóvenes que venían de los campos para buscar cualquier trabajo con tal de sobrevivir. Subían a los andamios de los albañiles y, si uno caía, nadie se preocupaba: otros diez estaban listos para tomar su puesto. Daban vueltas como lobos en las esquinas de las calles, jugaban de azar y robaban en los mercados. Si alguien trataba de acercarseles se volvían desconfiados y desdeñosos. Pero en sus ojos Don Bosco no leía crueldad sino miedo. Tenía que hacer algo, y pronto el Señor se lo habría hecho comprender.

3. Un incidente raro

Desde el inicio de su permanencia en el Convitto, Don Bosco se hizo amigo de algunos muchachos que comenzaron a seguirlo por todos lados, aunque él no tuviera ni siquiera un cuarto donde reunirlos ni una idea clara de lo que habría hecho después con ellos. Como de costumbre, el Señor obra a través de coincidencias.

Don Bosco sitúa este encuentro en el mes de diciembre, y lo marca como el momento en que comenzó a ver el comienzo de su camino.

En síntesis, dice Don Bosco que “el día de la Inmaculada estaba revistiéndome para celebrar la misa, cuando el sacristán pidió a un joven que ayudara misa, a lo que el joven se rehusó, diciendo que no sabía. El sacristán se puso furioso:

- Si no sabes ayudar misa, ¿para qué vienes a la sacristía?

Agarró la caña con que prendía las velas y comenzó a golpear al muchacho, que salió corriendo. Al ver la escena, intervine:

- Pero, ¿qué hace? ¿Por qué le pega a ese chico? ¿Qué hizo de malo?
- ¡Viene a la sacristía y no sabe ni siquiera ayudar misa!
- ¿Y por esto hay que pegarle? Déjelo tranquilo, que es un amigo mío. Antes bien, llámelo en seguida. Necesito hablar con él.

El sacristán fue tras él a la carrera, lo alcanzó y lo trajo conmigo, y gentilmente le dije:

- Hola, ¿ya oíste misa?
- No.
- Ven a oírla. Después debo hablarte de una cosa que ciertamente te gustará.

Terminada la misa y la acción de gracias lo llevé a una capillita y yo con la cara bien alegre le hablé y le dije:

- Buen amigo, ¿cómo te llamas?
- Bartolomé Garelli
- ¿De dónde eres?
- Del pueblo de Asti
- ¿Qué oficios tienes?
- Soy albañil
- ¿Está vivo tu padre?
- No, ya murió
- ¿Vive tu mamá?
- También ella murió
- ¿Cuántos años tienes?
- Dieciséis
- ¿Sabes leer y escribir?
- No ...
- ¿Sabes cantar?
- No ...
- ¿Sabes silbar?

Aquí Bartolomé se rió. Era lo que yo quería. Comenzábamos a ser amigos.

- ¿Hiciste la primera Comunión?
- Todavía no
- ¿Te has confesado?
- Sí, cuando era más chico
- Y, ¿te vas al catecismo?
- No me atrevo. Los chicos se ríen de mí.
- Y si yo te enseñara el Catecismo ¿vendrías?
- Sí, con mucho gusto

- También ¿en este lugar?
- Sí, pero con tal que no me peguen
- Quédate tranquilo. Ahora que eres mi amigo nadie te tocará.
- Y cuando quieres que empecemos?
- Cuando Vd. quiera
- ¿Ahora mismo?
- Sí, con mucho gusto”.

Don Bosco se arrodilló y rezó el Ave María. Sobre este hecho, cuarenta y cinco años más tarde dirá a sus salesianos: Todas las bendiciones llovidas del cielo son fruto de ese primer “Ave María” dicho con fervor y recta intención”. Terminado el Avemaría Don Bosco le hizo a Bartolomé una primera catequesis y lo invitó a volver el siguiente domingo a otras catequesis pero trayendo algunos amigos más.

4. El primerísimo Oratorio

La semana siguiente Bartolomé ya no estaba solo, había seguido el consejo de Don Bosco: “La próxima vez trae contigo siquiera a otro amigo”. Y así continuó el catecismo que, poco a poco, se transformó en el Oratorio.

Inicialmente Don Bosco invitaba a los muchachos salidos de la cárcel que le parecían más a riesgo, y también para hacerse ayudar y proponer metas más altas, invitó también a buenos jóvenes instruidos y de óptima conducta. Este grupo, pese a las dificultades, se había amalgamado en tal forma que fue posible introducir lecturas y cantos que animaban los encuentros.

En marzo de 1842 ya eran treinta y –a más de otros aportes– supieron animar la misa de la Anunciación con cantos que agradaron muchísimo. Esa primavera uno de los primeros oratorianos, Carlos Buzzetti, trajo también a su hermanito José, de diez años. José se aficionó a Don Bosco como a un padre: lo seguirá en todas sus aventuras.

Gran parte de los muchachos eran albañiles, estucadores y picapedreros que venían de pueblos lejanos. El número crecía y la capillita se volvía estrecha. Don Guala, director del Convitto, y Don Cafasso, dieron permiso de reunirse en el patio cercano. Consiguieron estampitas, así como panes que les quitaran el hambre a los que se quedaban a jugar después de la misa de Don Bosco. Cuando había confesiones, también los dos buenos sacerdotes se quedaban en el patio para asistir a los chicos, contando hechos amenos.

El permiso duró tres años y no fue retirado nunca. El número de los oratorianos llegó a unos ochenta – más no podían caber en el pequeño patio – pero también otros habrían querido venir. Durante tres años, hasta 1844, el Oratorio quedó en el Convitto.

5. En busca de la voluntad de Dios

Don José Comollo, tío de Luis, ya era anciano y necesitaba de alguien que lo ayudara a llevar adelante la parroquia de Cinzano: pensó pedir al Arzobispo que le mandara a Don Bosco. Don Cafasso llamó a éste a su oficina y le dijo:

- Tus estudios han terminado, ahora hay que ir a trabajar. Hay tantas posibilidades en el campo del Señor, ¿qué estás dispuesto a hacer?

Don Bosco contestó:

- Lo que usted me indique.

Don Cafasso le dijo que, a más de Cinzano, había otras tres posibilidades: vicedeán en Buttigliera d'Asti, profesor de moral en el Convitto y director del Hospitalillo para chicas enfermas fundado por la Marquesa de Barolo.

Puesto que Don Bosco se entregaba totalmente a la voluntad del director espiritual, éste le dijo que tomara algunas semanas de vacaciones. Al regreso lo llamó:

- Prepara la valija y vete donde Don Borel a la Obra del Refugio, trabajarás allí. Serás también director del Hospitalillo.

La Marquesa de Barolo había fundado el Refugio en la zona de Valdocco, cerca del Cottolengo. La obra acogía a las chicas de la calle que deseaban rehacer su vida. Al lado se encontraba el Hospitalillo para muchachas enfermas, que Don Bosco habría debido dirigir. En los tres años transcurridos en el Convitto había sido invitado varias veces a predicar allí algunos retiros por Don Borel, con quien desde tiempo mantenía una estrecha relación. Admiraba a este buen sacerdote que se dedicaba con todas sus energías a salvar el mayor número posible de almas y que, a su llegada, le aseguró la posibilidad de llevar adelante el Oratorio festivo en el cuartito que le era destinado; cuando luego estuvieran listos los locales para los sacerdotes, habrían podido usar también éstos.

6. ¿Sueños o visiones?

El 13 de octubre de 1844 Don Bosco habría debido comunicar a sus muchachos el traslado del Oratorio desde el Convitto al Hospitalillo de Santa Filomena. Estaba muy preocupado: ¿cómo lo habrían tomado los oratorianos? ¿habrían reaccionado acudiendo de la misma forma? ¿se habría perdido un trabajo de tres años? Fue a dormir atormentado por estos pensamientos, pero durante la noche hizo otro sueño.

Esta vez ya no tenía nueve años, pero la situación era muy semejante. Un ejército de lobos feroces armaba un ruido espantoso. Don Bosco, asustado, quería huir, cuando apareció una pastorcita que lo invitó a guiar el rebaño siguiéndola a ella. El extraño grupo se detuvo tres veces y, en cada parada, muchas de las fieras se transformaban en mansos corderos. Al final del recorrido llegaron a un potrero donde los corderos que brincaban y pacían tranquilos eran muchísimos. La pastorcita invitó a Don Bosco a no detenerse y juntos alcanzaron un patio espacioso, mientras varios corderos se transformaron en pastores permitiendo que el rebaño se multiplicara. Don Bosco miró con atención: vio aparecer una basílica majestuosa con una orquesta lista para tocar y un coro que se preparaba a animar la misa. En el interior de la iglesia había una gran faja blanca sobre la cual, en caracteres cubitales, estaba escrito: *“Ésta es mi casa. De aquí saldrá mi gloria”*. El sueño se concluyó con una última afirmación de la pastorcita:

- Comprenderás todo cuando veas con tus ojos lo que hoy has visto en sueño.

Se trata de la descripción puntual de lo que efectivamente sucederá en los años siguientes. Tal vez por esta razón Don Bosco, cuando ya parecía que su aventura con los jóvenes estaba a punto de fracasar, o cuando también sus más cercanos colaboradores lo consideraban loco, insistía contra todo y todos, diciendo:

- ¡No puede terminar así! Yo veo una iglesia grandísima, un Oratorio lleno de muchachos y tantos colaboradores que me ayudarán. ¡Estoy seguro!

7. Éxodo de casa de la Marquesa

El domingo Don Bosco dio la noticia a sus muchachos con el entusiasmo que lo caracterizaba. Para tranquilizarlos les prometió grandes locales y patios espaciosos. La semana siguiente los chicos fueron por las calles de Valdocco buscando al amigo:

- ¿Dónde está el Oratorio? ¿Dónde está Don Bosco?

Naturalmente nadie sabía nada. Don Borel y Don Bosco oyeron la bulla y corrieron a recibirlos. ¡Durante semanas cerca de doscientos bribonzuelos se encontraron en esos cuartitos, en las escaleras y en el patiecito de los dos buenos sacerdotes! Cualquiera comprende lo que puede significar cuidar de semejante número en un espacio tan estrecho. Don Bosco no se desalentó: preparó una capillita y comenzó a enseñar a leer y escribir a los mayores. Pero hacía falta dinero: eran necesarios libros, ropa para los más pobres, algún juego con que entretenerse, comida para la merienda. Una vez más un carácter orgulloso como el suyo tuvo que rebajarse a pedir limosna, en esta circunstancia en las casas de los ricos. Fue una de las cosas que más le costó, pero no podía evitarla y, con mucho esfuerzo, se humilló.

Todo parecía marchar a las mil maravillas, cuando estalló un conflicto entre santos. La Marquesa consideraba como temporal el trabajo de Don Bosco con los chicos, en espera de tenerlo a disposición tiempo completo para sus obras; él, por su lado, pensaba exactamente lo contrario. No era posible seguir y, de común acuerdo, decidieron partir caminos. La Marquesa ayudará todavía a Don Bosco, pero él deberá hallar otra colocación: tras siete meses de paraíso ha llegado el primer desalojo.

Mientras tanto Don Bosco había descubierto cuánta paciencia era necesaria para trabajar con los muchachos. Fue entonces que decidió colocarse bajo la protección del santo de la dulzura y de la paciencia: desde ese momento el Oratorio llevará el nombre de San Francisco de Sales.

8. Primeras dos etapas: San Pedro en Cadenas y San Martín de los Molinos

En cuaresma Don Bosco comenzó a llevar allí a los muchachos mayores para que escucharan el catecismo en la iglesia de San Pedro en Cadenas. El capellán Don Tesio quedó bien impresionado y aceptó la propuesta de que todo el Oratorio fuera trasplantado al patio de su iglesia. El pobre no imaginaba ver llegar un ejército de muchachos que corrían y gritaban como desesperados. La criada, espantada, comenzó a chillar y acusó a más no poder a Don Bosco que, lamentablemente, fue invitado por el capellán a no volver más.

El Oratorio volvió a reunirse en el Refugio. La Marquesa no dijo ni una palabra en contra. Pero recordó a Don Bosco que el 10 de agosto se inauguraría el Hospitalillo: a partir de aquel día, eso sí, sus muchachos se encontrarían con las puertas cerradas. Don Bosco tuvo que pedir ayuda al Municipio de Turín. El Arzobispo apoyaba el pedido y, afortunadamente, fue permitido al Oratorio trasladarse a la iglesia de San Martín de los Molinos.

De esta forma, un domingo de julio de 1845 una partida desordenada de muchachos desfiló por las calles de Turín llevando bancos, sillas, juegos, reclinatorios, cuadros, candelabros y otras cosas hacia la iglesia de los Molinos de la ciudad. El permiso duraba del mediodía a las tres de la tarde. Lo demás del tiempo lo habrían empleado en paseos.

Los chicos comenzaban a desalentarse con tanto desalojo, pero el buen Don Borel sacó un sermón formidable que a todos les devolvió el buen humor: el sermón de las coles (repollos). Don Bosco lo cuenta así:

- Las coles, queridos chicos, para crecer con una cabeza bella y gruesa, deben ser trasplantadas. La misma cosa debemos decir de nuestro Oratorio. Ha sido trasplantado de un sitio a otro, pero con cada trasplante ha crecido. Los chicos que lo frecuentan son siempre más numerosos y contentos. En el primer patio hemos hecho una parada, como los que viajan en tren. En esas semanas todos han podido ver una ayuda: el juego, el catecismo, la explicación del Evangelio. En los prados vecinos hemos jugado alegremente. ¿Quedaremos mucho tiempo aquí? No lo sabemos. Como quiera, nosotros creemos que a nuestro Oratorio le sucederá como a las coles trasplantadas: crecerá el número de los muchachos que quieren volverse buenos, crecerá nuestra gana de cantar y de tocar. Si nosotros hoy, frecuentando el Oratorio, mejoramos nuestra conducta, Dios nos ayudará a crecer en el bien toda la vida.

El sermón funcionó maravillosamente y, al final, todos juntos cantaron un hermoso himno al Señor.

Uno de esos domingos Don Bosco repartió medallas de la Virgen. Los muchachos se amontonaron y, en un momento, ya no hubo medallas. Mientras las repartía, Don Bosco observaba al pequeño Miguel, de solo 9 años; apartado, sin ganas de meterse al montón, estaba triste porque dos meses antes había perdido al papá. El buen sacerdote se acercó y, con una gran sonrisa, hizo el gesto de partir algo y entregarle un pedazo:

- Toma, Miguelito, toma.
- ¿Qué debo tomar? No veo nada.
- ¡Nosotros haremos todo a medias!

Ese chico era Miguel Rua, primer sucesor de Don Bosco.

9. Tercera etapa: casa Moretta

Lamentablemente también en los Molinos llegó el desalojo: ¡demasiada gritería! La gente del barrio ya no aguantaba, no podían vivir tranquilos ni siquiera la tarde del domingo. Escribieron una carta al Municipio y el alcalde, a pesar suyo, tuvo que pedir al Oratorio otro trasplante.

Los domingos siguientes Don Bosco estaba siempre alegre, no dejaba ver a los muchachos su preocupación, podemos imaginar fácilmente cómo trataba de entusiasmarlos:

- Queridos muchachos, debo daros una buena noticia. Hoy vamos juntos hasta la iglesia de Superga. El que tiene miedo de no aguantar, levante la mano.

¡Naturalmente nadie tenía miedo de no aguantar! Habrían escalado las montañas con tal de seguirlo. Y así, llevándolos un domingo a Superga, otro a la Virgen del Pilar y otro al Monte de los Capuchinos, Don Bosco ganaba tiempo y buscaba cómo hacer. Pero en noviembre (de 1845) hacía frío y, junto con Don Borel, decidió alquilar tres cuartitos en la casa de Don Moretta. Allí podían reunir a los chicos, enseñar catecismo y dar a todos la posibilidad de confesarse. En ese invierno nacieron las escuelas nocturnas. Don Bosco pensaba:

- No puedo dejar a mis muchachos en la ignorancia. Algunos de ellos son realmente brillantes, ¡quién sabe si un día llegan a ser buenos sacerdotes!

Se habló mucho de esta decisión: algunos eran favorables, otros contrarios. Comenzaron a correr voces raras acerca de Don Bosco. Decían:

- ¿No le parece que Don Bosco esté exagerando con esta manía de los chicos pobres?
- Sí, ¡dice que sabrá ayudarlos a todos! Cuenta que ve iglesias y construcciones donde logrará hospedarlos.
- Yo pienso que se haya vuelto loco.
- ¡En efecto! Debería hacerse curar o, a lo menos, descansar un buen rato.

Don Bosco sabía y sufría, pero seguía como si nada fuera. De no pensar él en sus muchachos, ¿quién lo hubiera hecho? Tal vez, en los momentos de mayor desaliento, volvía a recordar las palabras de la madre:

- Juan, recuerda que comenzar a decir misa significa comenzar a sufrir.

Mientras tanto los párrocos de Turín, no logrando hacerlo personalmente, le concedieron el permiso de seguir trabajando con esos chicos sin parroquia. ¡Finalmente una buena noticia!

La alegría duró poco: en la primavera de 1846 los inquilinos obligaron al buen Don Moretta a deshacerse del Oratorio.

10. Prado Filippi

Don Bosco alquiló entonces un prado a los hermanos Filippi: el Oratorio estaba sin techo, pero afortunadamente era primavera. Para las confesiones, la orilla de una acequia sustituía el reclinatorio y la cómoda silla de casa Moretta. Se participaba de la misa en una de las iglesias cercanas y después se podía correr y jugar todo el tiempo. Pese a las dificultades, fueron meses hermosísimos, que los oratorianos recordaron con gusto por muchos años.

Con todo, los problemas no habían terminado. El Marqués Miguel de Cavour, jefe de la policía, trató de convencer a Don Bosco que terminara definitivamente su experiencia. Las famosas voces subterráneas, en efecto, lo habían convencido de la peligrosidad social de centenares de muchachos que obedecían ciegamente a un cura. Eran tiempos de efervescencia política, y en no pocos casos de la nada se armaban luchas aún con armas de fuego.

Don Bosco no cedió pero, vuelto a casa, encontró la carta de desalojo de los hermanos Filippi. Simultáneamente, la Marquesa de Barolo insistía para que eligiera entre sus chicas y el Oratorio, Don Borel sugería trabajar solo con unos pocos muchachos más pequeños. Don Cafasso aconsejaba esperar.

Llegó de esta forma el último día en el prado Filippi. ¡Don Bosco no sabía qué hacer! En sus Memorias del Oratorio, menciona que se apartó y comenzó a llorar en silencio. En ese momento llegó un cierto Pancrazio Soave que, tartamudeando, le dijo:

- ¿Es cierto que usted busca un sitio donde armar un laboratorio?

Don Bosco casi no lo creía. Se trataba de un pequeño cobertizo junto a la casa del Sr. Pinardi, aunque era demasiado bajo para sus exigencias. El buen hombre se encargó de modificarlo según las necesidades del Oratorio y de ceder en alquiler el prado de al lado. Estaba contento de tener capilla en casa y dijo:

- De acuerdo, trato hecho. El domingo próximo puede venir, estará todo listo.

11. Valdocco: ¡Finalmente en casa!

Don Bosco no cabía en sí por la felicidad. Fue corriendo donde sus muchachos, los reunió y, con todo el entusiasmo de que era capaz, les anunció:

- ¡Una buena noticia, chicos! ¡Hemos encontrado el Oratorio del cual nadie ya nos echará! Tendremos iglesia, clases, patio para jugar. El domingo próximo vamos allá.

Los muchachos parecían haberse vuelto locos: corrían, saltaban y nadie lograba ya pararlos. Comenzaron a rezar el rosario para agradecer a la Virgen. Ella había guiado y sostenido a Don Bosco en esos años de sufrimientos y de vida errante; ahora, finalmente, le había encontrado casa.

El día de Pascua de 1844 se estableció en Valdocco, un barrio alejado de la ciudad, donde se pudo estabilizar, desarrollar y extender la “Obra de los Oratorios”.

Ficha de reflexión

En esta ficha nos limitamos a *evidenciar algunos aspectos* que emergen de la lectura y meditación de los años de la primera madurez de Don Bosco (de los 26 a los 31). Después de haber leído las páginas que preceden, podemos focalizar nuestra atención sobre estas temáticas: *la vida como misión, la presencia de Jesús en la vida del cristiano, la necesidad de un guía espiritual.*

A. La vida como misión

Leyendo el párrafo “*La primera elección*” vemos al joven Don Bosco atravesar una fase importante de su vida. Se halla frente a una encrucijada.

- Ahora soy sacerdote, ¿qué debo hacer? ¿qué propuesta de trabajo debo aceptar? ¿y todos mis proyectos de tiempo atrás? Siento el deseo de ayudar a los muchachos de quienes nadie se preocupa, ¿pero cómo hacerlo?

Para hacer la elección justa tiene que **buscar unos criterios** que lo ayuden a discernir. Como primera cosa elimina inmediatamente:

- Las motivaciones vinculadas con el dinero.
- Las motivaciones vinculadas con su estado (maestro, vicedecano).
- Las motivaciones vinculadas con el aprecio de los demás.

Decide pedir consejo y ponerse en las manos del director espiritual Don Cafasso, que le sugiere **seguir formándose en vistas de su misión**.

En realidad **la vida de todos los cristianos es una misión** y todos los jóvenes, antes o después, deben enfrentar ciertas preguntas. El punto es que, cualquier cosa yo esté llevado a hacer, deberé hacerla clarificando qué es lo que motiva para obrar. No puedo fundar mis decisiones únicamente en criterios vinculados con el consumismo: tener más dinero, llegar a ser alguien, ser apreciado; aunque sea verdad que deberé sostener una familia y, por tanto, hará falta ganar dinero, esto no será todo.

Cualquier tarea que el cristiano emprenda, del vendedor de frutas al profesor universitario, debe emprenderlo desde su ser creyente. Es en el lugar de trabajo que el Señor nos llama a evangelizar, no dando charlas sobre la Trinidad, sino haciéndole lugar allí donde estoy al Reino de Dios. **Cualquier cosa elijas, es a través de ella el Señor te envía a cambiar el mundo.**

Algunas preguntas para la reflexión personal:

- ¿Qué puesto tiene Dios en mis proyectos para el futuro?
- ¿Qué espacio le puedo reservar?
- ¿Cuáles son los criterios que guían mis elecciones?

Don Bosco se empeñó a fondo en los tres años de estudio en el Convitto Eclesiástico porque sabía que todo lo que estaba aprendiendo **era en función de los jóvenes que habría encontrado**. No estudiaba para aumentar su cultura o, peor, hacer alarde de ella, sino para servir mejor a sus destinatarios.

Algunas preguntas para la reflexión personal:

- ¿Qué finalidad tienen mis estudios?
- ¿He pensado alguna vez en el bien que podré hacer mañana?

B. ¿Qué espacio tiene Jesús en la vida del cristiano?

En la vida de Don Bosco **el principal protagonista es Jesús**.

La grandeza de Don Bosco está en haber comprendido su papel. “Hazte humilde, fuerte y robusto”, era la recomendación recibida en el sueño de los nueve años. **Ser humildes** significa comprender que los dones que poseemos *los recibimos en préstamo* para llevar a cabo la misión de Jesús y no para aumentar nuestra popularidad. Significa dar espacio a Dios, dejar que sea Él quien actúa en nosotros.

Leyendo la narración del encuentro con Bartolomé Garelli, en el párrafo “*Un incidente raro*”, constatamos que **Don Bosco hablaba siempre de Jesús**. En efecto le dice inmediatamente:

- Hola, ¿ya oíste misa?

Tras recibirlo paternamente, con demostraciones de afecto incondicionado, *como primera cosa le habla de Jesús* y le enseña algo de catecismo. *Solo después*, el domingo siguiente, **se dedicará a jugar con él** en el patio del Convictorio. A veces parece que se haga lo contrario, pensando: “Este chico no está preparado todavía para escuchar el anuncio de Jesús”. El accionar de Don Bosco parte de la premisa que Jesús ya está presente en la vida de quien se encuentra con él.

Algunas preguntas para la reflexión personal:

- ¿Conozco a Jesús de oídas o puedo decir que lo he encontrado?
- ¿Qué lugar ocupa Jesús en mi día?
- ¿A los chicos confiados a mí les hablo de Dios?

C. En busca del querer de Dios

La vida de Don Bosco **parece llena de coincidencias**. Un viejo sabio decía: “**Las coincidencias son milagros en los que Dios guarda el anonimato**”. Cuando para su Oratorio parecía todo terminado, llega un hombre tartamudo que lo lleva al cobertizo Pinardi; cuando no sabía cómo ayudar a los chicos que lo rodeaban, aparece Bartolomé Garelli; cuando necesitaba treinta mil liras para comprar Casa Pinardi, llega mucho dinero. Es a través de estos sucesos que **Don Bosco advierte que es Dios quien guiaba la historia**. Se fiaba de su director espiritual Don Cafasso y buscaba leer los acontecimientos a la luz del Señor. Pero esta confianza no implicaba que Don Bosco se quedara con las manos cruzadas esperando que la ayuda le lloviera del cielo.

D. El guía espiritual

Como podemos leer en la primera parte de su vida, desde pequeño Juan Bosco había encontrado en Don Calosso a un óptimo guía espiritual:

“Me puse inmediatamente en las manos de Don Calosso. Le hice conocer todo mí mismo, le conté toda palabra, todo pensamiento. Aprendí entonces lo que significa tener un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta ese momento me había faltado. Me animó a frecuentar la confesión y la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación. Nadie puede imaginar mi felicidad. Amaba a Don Calosso como un padre, lo servía con gusto en todo. Ese hombre de Dios me quería realmente”.

Durante los años de la adolescencia Juan se hizo guiar por algún buen sacerdote. Cuando tuvo que decidir si entrar o no en seminario, pidió consejo a Don Cafasso: quedó impresionado tan favorablemente que **desde ese momento se hizo guiar siempre por él**. Le abrió enteramente su corazón y, también al enfrentar dificultades muy graves, **los consejos del director espiritual se revelaron correctos**.

Algunas preguntas para la reflexión personal:

- ¿He pensado alguna vez que, si no recorro yo mismo un serio camino espiritual, *no puedo dar lo que no tengo* a los jóvenes que el Señor me confía?
- ¿He buscado alguna vez a un guía espiritual?
- ¿Me confieso regularmente?
- ¿Abro totalmente mi corazón, como Don Bosco a Don Cafasso, o guardo algo para mí?

E. Conclusión

Partiendo de la vida de Don Bosco podemos profundizar la nuestra. Podemos pedirle que nos ayude a colocar a Jesús en el centro de la nuestra, a clarificar y purificar nuestras intenciones y los criterios de nuestras opciones. Podemos pedirle que nos ayude a encontrar a un a persona que nos ayude a orientar nuestra vida tan válidas como las que él encontró. Podemos pedirle que nos ayude a descubrir la voluntad de Dios acerca de nosotros.